

RIENZI,

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Rienzi, dijo Nina algo vacilante; tu espíritu de águila te remonta á alturas, donde el mio no puede seguirte: con todo, no llesves tu temeridad hasta ese punto.

—Hace un momento pregonabas una doctrina opuesta, cuando dijiste que para ser fuerte debias parecer fuerte.

—¡Séate la suerte propicia! dijo ella con un suspiro de triste presagio.

—¡La suerte! exclamó el tribuno: no existe poder semejante. Entre el pensamiento y su realizacion, Dios es el único agente; y no me veré abandonado, añadió con solemnidad profunda. Flotan magnificas visiones en torno mio, y hasta entre tus brazos. Me visitan cotidianamente augurios é inspiraciones súbitas y divinas en medio de la muchedumbre, y robustecen mi paso, y me señalan el término de mi carrera. En este mismo instante parece que una voz murmura á mi oido: «No te detengas, no tiembles, no vaciles: fijos están en tí los ojos que lo ven todo: te amparará la mano que todo lo puede.»

Al hablar Rienzi de esta manera, palidecia su rostro, se erizaban sus cabellos, temblaba visiblemente su alta y magestuosa figura, y cayó sobre una silla y se cubrió el rostro con las manos.

Un sentimiento de terror se apoderó del alma de Nina, bien que estuviese habituada á aquellas emociones estrañas y sobrenaturales en un hombre siempre tranquilo, compuesto y dueño de sí mismo en la vida comun. Mas á medida que aumentaban la prosperidad y el poder del tribuno, estos arranques eran mas fervorosos, cual si cada triunfo hubiera sido á sus ojos una prueba mas de la proteccion misteriosa del cielo, sin que tuviera parte alguna la prudencia de sus propios cálculos.

Nina se acercó á él timidamente y le echó los brazos al cuello sin pronunciar palabra.

Antes que el tribuno volviera completamente en sí, se oyó hácia la puerta un ligero golpe, que le hizo recobrar instantáneamente su presencia de ánimo.

—¡Adelante! pronunció irguiendo la cabeza, mientras se teñia lentamente su rostro de sus naturales colores.

Entreabrió la puerta un dependiente del palacio y anunció que la persona á quien habia enviado á buscar el tribuno, se ponía á sus órdenes.

—Pronto seré contigo, amada mia: cenaremos solos, y hablaremos de todo con mas espacio.

Dichó esto, con menos arrogancia en su apostura que de costumbre, se dirigió á su gabinete, donde halló á Cecco del Vechio.

—Y bien, valiente Cecco, dijo el tribuno plegándose con maravillosa facilidad al tono de igualdad amistosa que siempre habia usado con los de las ínfimas clases, y que formaba singular contraste con la altanería no menos natural de sus modales con los barones. Supongo que has pasado felizmente esta estacion mal sana. Nosotros los trabajadores, pues tú y yo trabajamos con todo ahinco, no tenemos tiempo de estar enfermos; tanto en verano como en otoño nos sentimos fuertes como robles. Te he enviado á buscar, amigo Cecco; porque deseo saber cómo han tomado tus compañeros los artesanos la ejecucion de Orsini.

—¡Oh, tribuno! replicó el herrero, que familiarizado ya con Rienzi, habia perdido mucho de su antigua veneracion religiosa hácia su persona y consideraba además su poderío como creacion propia; todos los hombres de bien están asombrados de vuestro valor para castigar lo mismo al grande que al pequeño.

—Siendo así, no quiero otra recompensa; pero escúchame, Cecco, aun se nos prepara otra ruda empresa. Todos los barones van á temer que les llegue su turno un día ú otro, y el miedo les hará valientes como ratones acosados en sus agujeros. Acaso tengamos que combatir todavía por el *buono stato*.

—Con toda mi alma, tribuno; teneis pruebas de que no sé retroceder un paso.

—Habla, pues, en el propio sentido en todas vuestras reuniones. Yo combato por el pueblo; el pueblo, á la menor señal, debe combatir por mí.

—Así lo hará, dijo Cecco, no lo pongais en duda.

—Oyeme, Cecco; esta ciudad vive bajo la dominacion espiritual del papa, y es muy justo: eso es un honor y no una carga: mas el dominio temporal, amigo mio, debe pertenecer exclusivamente á los romanos. ¿No es una ignominia para Roma republicana que en la actualidad ciertos bárbaros, de quienes no hemos oido hablar siquiera, decidan al otro lado de los Alpes acerca de los respectivos méritos de los soberanos que pretenden reinar sobre nosotros, y á quienes no hemos visto nunca? ¿No es eso una cosa á que se debe oponer tenaz resistencia? ¿Necesita una ciudad italiana de un emperador bávaro?

—Para maldita la cosa, así Dios me salve, dijo Cecco.

—¿No te parece incontestable este derecho?

—Ya lo creo, replicó el artesano.

—Y si ultraja á nuestras antiguas leyes ¿no podemos resistirlo?

—Seguramente.

Pues bien: en los archivos he visto pruebas de que ningun emperador fue nombrado legalmente, á no haber sido electo por el libre voto del pueblo. ¿Hubiéramos elegido nunca á un bohemio ó á un bávaro?

—Lejos de eso: siempre que esos hombres del norte han venido á coronarse á Roma, hemos procurado echarles á pedradas, persiguiéndoles con nuestras maldiciones; porque, bien lo sabeis, tribuno, somos un pueblo muy amante de sus franquicias.

—Vuelve cerca de tus amigos: verás..... les dirás que vuestro tribuno preguntará á esos pretendientes estranjeros qué derecho tienen al trono de Roma. No les dejes tiempo para asombrarse; apóyame en ocasion tan propicia.

—Estoy seguro de que la hallaré para encarrillarles por el buen camino, dijo el herrero. De algun tiempo á esta parte se han hecho nuestros amigos un poco indóciles, y dicen....

—¿Que dicen!

—Dicen que es verdad que habeis ahuyentado á los bandoleros, humillado á los barones y que administráis justicia rectamente....

—¿No es eso un milagro en el corto tiempo de dos ó tres meses?

—Sí, dicen que eso hubiera sido suficiente para un noble; pero que de vos, salido del pueblo; y habiendo recibido de él tantos honores, tanto poder, deberia haberse esperado mas. Ya hace tres semanas que no ha ocurrido nada nuevo que dé pábulo á sus conversaciones: ahora la ejecucion de Orsini les alentará un poco.

—Bien, Cecco, bien, dijo el tribuno levantándose, [no tardaremos en darles materia para sus pláticas. Con que, segun dices, me estiman algo menos de tres semanas á esta parte.

—No dije tal cosa, repuso Cecco, sino que nosotros los romanos somos un pueblo muy impaciente.

—Tienes razon.

—No obstante, os serán fieles, no lo dudeis, tribuno, con tal que no les impongais ningun tributo nuevo.

—¡Ah! Mas si nos vemos obligados á hacer la guerra en defensa de nuestra libertad, se necesitan soldados que peleen y dinero para pagar á esos soldados. ¿Rehusará el pueblo hacer algun sacrificio por sus libertades, por leyes justas, por la seguridad de sus vidas y haciendas?

—No sé que contestaros á eso, dijo el herrero rascándose la cabeza, pero me consta por ejemplo que sobre los pobres no deben pesar escesivamente las cargas. Se hallan mejor con vos que con los barones, porque les pedis menos. Los hombres que viven de su trabajo, tribuno, los pobres jornaleros, cargados de familia deben pensar en llenar la panza. De cada diez apenas tiene una necesidad de justicia; de cada veinte apenas se vé espuesto uno á ser victima de un baron bandolero; mas todos tienen necesidad de comer todos los dias, y por eso sienten el peso de un tributo.

—Pero tú no razones de ese modo. ¿No es verdad Cecco? preguntó con gravedad Rienzi.

—Os diré, tribuno; yo soy un hombre arriesgado, pero tengo que mantener á una dilatada familia.

—Basta, basta, dijo el tribuno con prontitud. Luego prosiguió hablando consigo propio en voz alta y como distraido. Me parece que he sido demasiado pródigo: deben cesar esos espectáculos y esas fiestas.

—¡Pues qué, exclamó Cecco, intentais privar á los pobres de una fiesta! Harto afanosamente trabajan, y su único recreo consiste en ver vuestras lucidas procesiones, vuestras magnificas ceremonias; y al regresar gozosos á su hogar dicen: ¡Ya veis, nuestro hombre eclipsa á todos los barones! ¡Qué magnificencia! ¡Qué porte de príncipe.

—¡Conque no censuran mi fausto!

—¡Censurarle! no ciertamente: sin eso se abochornarian de teneros al frente de Roma, y considerarian el *buono stato* como una máquina despreciable.

—Hablas, Cecco, tosca pero cautamente. ¡Los santos sean en tu compañía! No olvides lo que te he dicho.

—No, no: es verdaderamente una ignominia que nos arrojen al rostro un emperador estranjero, queramos ó no queramos. Os he entendido. Buenas noches, tribuno.

Después de la partida del herrero quedó Rienzi sumergido por algun tiempo en reflexiones profundas y siniestras.

—Me hallo, decía, dentro de un círculo mágico, y si salgo de él me despedazarán los demonios. Es preciso dar cima á mi empresa; pero este hombre grosero me acredita de una manera evidente cuán miserables son los instrumentos de que me he valido. A mi personalmente nada me importa la derrota, después de haber ascendido á una altura que hubiera deslumbrado á un hombre nacido sobre el trono. Mas conmigo caerán la ciudad que me dió cuna y la Italia toda: la paz, la justicia, la civilizacion, todo se sepultará en el abismo de los siglos.

Se levantó; dió muchas vueltas al rededor del aposento, en el cual se veian sobre las cañas de las columnas las efigies de mármol de los grandes hombres de la antigüedad; y abrió uno de los balcones para respirar la brisa de la tarde.

(Continuará.)

Funcion á beneficio de los presos por toda clase de opiniones políticas.

En la tarde del sábado 11 del corriente ha tenido lugar en casa del Sr. Romero Larrañaga, una reunion compuesta de los primeros literatos; profesores de música, y periodistas de la corte de diverso matiz político. Su objeto ha sido, el de llevar á cabo la filantropica idea de dar en uno de los teatros de la corte, una funcion escogida á beneficio de los desgraciados que gimen en las cárceles por causas políticas. Despues de haber manifestado cada cual su opinion respecto del particular, unánimes todos y conformes en que este sublime pensamiento no ha de rozarse para nada con la política, se acordó contando, con la fina voluntad de algunas personas que se encontraban en la reunion.

1.º Que los Sres. D. Juan Eugenio Hartzembusch, y D. Tomas Rodriguez Rubi escriban una comedia en dos actos.

2.º Que los Sres. D. Eusebio y D. Eduardo Asquerino escriban otra, en un acto.

3.º Que los Sres. Villergas y Romero Larrañaga compongan una Zarzuela; y que esta sea puesta en música por el profesor D. Joaquin Espin y Guillen.

Tambien el Sr. Salas se ha ofrecido á cantar en esta funcion, y el Sr. Estrella á poner un baile.

Nosotros no podemos menos de elogiar como se merece tan sublime pensamiento, y de vanagloriarnos al mismo tiempo de que puedan mas entre nosotros las ideas humanitarias, que las pasiones mezquinas de los partidos políticos,

Esperamos que toda la prensa de esta corte acogerá como es debido occurrencia tan feliz, y por la cual no podemos menos de felicitar á sus autores.

De todo cuanto se disponga acerca de esta brillante, cuanto escogida funcion, daremos cuenta anticipada á nuestros lectores.

MUSEO MATRITENSE.

Hoy-lunes se pone en escena la tragedia en 3 actos *Los hijos de Eduardo*. Desempeñan en ella los papeles de que estaban encargados en el Liceo la mayor parte de los señores que con tanto acierto la ejecutaron en esta última sociedad; por lo que esperamos tenga un éxito brillante. Sabemos que será exornada muy bien, y para que todo contribuya á que sea una leccion digna del Museo se han hecho considerables mejoras en el salon.

BOLETÍN ESTRANJERO.

Necrologia de 1844.

Un periódico francés publica una larga lista de los personajes mas notables que han fallecido en el trascurso del año último; y de ella trascribimos los nombres siguientes:

- El Duque de Angulema.
- La infanta doña Luisa Carlota, hermana de Maria Cristina y de la duquesa de Berry.
- El conde de Castro Gióvani, hijo tercero del rey de Nápoles.
- Bernardotte.
- La gran duquesa Alejandra, hija del emperador Nicolás.
- La archiduquesa Maria Carolina, hija del archiduque virey de Italia, y un hijo de este principe, todavía de pecho.
- La duquesa reinante de Oldembourgo.
- La princesa Sofía de Gloucester.
- El duque reinante de Sajonia Cobourgo Gotha, y otros varios principes de ambos sexos de las familias reinantes de Alemania.
- El cardenal Pacca, dean del sacro Colegio.
- Los cardenales de Croi, Caral, Ciolo y Brussi.
- Los arzobispos de Rouen, de Nápoles y de Benevento.
- M. Velli, obispo de Yesi.
- Los obispos de Verdun, Blois, Limoges, Tarves Nancy y Viviers.
- Don Joaquin Abarca, exministro de don Carlos.
- M. de Ares, antiguo patriarca de las indias, muerto en París.
- M. Necino, obispo de Lérida, muerto en Niza.
- M. Rossi, obispo de Coirs.
- El cura Merino, muerto en Marsella.
- 13 pares de Francia.
- 13 diputados de id.
- Una infinidad de militares distinguidos, á los cuales deben agregarse los nombres del teniente general Vincent.
- El general Bertrand.
- El marqués de Foudoaz.
- El conde de Durecheret.
- El conde de Orsay y Bro.
- 21 mariscales de campo, entre los cuales están Ravichio de Paret, Donf y Ser-cognani, generales italianos de los ejércitos imperiales.
- El almirante M. Lalande y otros tres contra-almirantes, con varios capitanes de navio etc. etc.
- El principe Joseph Bonaparte.
- Varios consejeros antiguos y modernos.
- M. Darennes, el decano de los maires de Francia.
- M. Guillemain, el decano de los escribanos, muerto en Wabre á los 104 años de edad.
- Don Agustie Argüelles.

- El duque de Osuna.
- Hudson Lowe.
- Jauregui (el Pastor).
- La madre del general Mina.
- Los literatos, Carlos Nodier.
- Thomás Campbell.
- El célebre historiografo Navarrete.
- Jauriel.
- Mollevault.
- Brunouf.
- El capitan Basil Hall.
- Duponceau, en los Estados-Unidos.
- Flora Tristan.
- Quilberte de Pixerecourt.
- Pankoucke.
- Gustavo Hugo.
- El poeta mulato Plácido, fusilado en la Habana.
- Geoffroy Saint-Hilaire.
- Darcel.
- Los químicos ingleses Dalton, Hope y Allen.
- Sir Henri Halford, primer médico de Lóndres.
- El matemático escocés Duncan Gregory.
- El químico Bouillond Lagrange.
- Muchos inventores eminentes, entre los cuales se cuenta á Y Samenda, uno de los inventores del sistema de caminos de hierro atmosféricos.
- El Baron Reynand, matemático profundo.
- El escultor danés Thorwaldsen.
- El pintor romano Camuccini.
- El músico francés Benton.
- Los grabadores Tardieu y Galle.
- Los pintores Decaisne, Mauzaine, Constino, Beruvenuti (de Florencia) Lamy (de Marsella).
- El célebre miniaturista Jaques.
- Los estatuarios Gechter, Dumont, Denys, Ernesto Mayer (de Baviera).
- Los arquitectos Canonleu (de Milan), le Pere del instituto de Egipto.
- Varios compositores de una modesta nombradia.
- Mme. Menjard del teatro francés, Paul Michu del antiguo teatro de la ópera cómica, Baroyer y Paulina del de *Varietés*, Belmont (Mme. Dupoty) del antiguo Vaudeville; y Godat, jóven trájica.

HISTORIA

DEL GIL BLAS

DEL SIGLO XIX.

Se ha repartido el tomo segundo de esta interesante novela.

Es ciertamente bien sabido de todos los profesores de la república literaria, que despues de la obra del Quijote de Cervantes, la historia del Gil Blas de Santillana es la que ha tenido mas séquito, y la que mas ansiosamente ha sido buscada por todos los amantes de la literatura española. Como en esta obra se pusieron de manifiesto todas las arterias, y vergonzosos actos del gobierno de Felipe III en el siglo XVII, de ninguna manera podia publicarse en España por la fatal Inquisicion de aquella época. El desconocido autor de ella tenia cierta introduccion en la embajada francesa, regaló su manuscrito á aquel embajador, y este hizo donacion de él á Mr. Le Sage, que suponiéndose autor de la obra, la publicó en francés como cosa suya. De aquí las reñidas cuestiones sobre si la obra era produccion de un francés, ó de un español hasta que el distinguido literato don Juan Antonio Llorente publicó su libro en París probando demostrativamente en él ser produccion española, á cuyos argumentos no pudieron contestar todos los literatos de la Francia.

Consta esta obra de 4 tomos en 8.º — Los señores que, sin adelantar dinero, se suscriban por toda la obra, se les dará cada tomo á 8 rs. en rústica y 10 en pasta: en las provincias un real mas por razon de porte.

Está abierta la suscripcion en la librería de Boix calle de Carretas número 8 y en la misma librería se despacha la obra.

Asimismo se hallará en todas las principales librerías del reino y del Estrangero, donde se admiten suscripciones. El precio de toda será despues de impreza: 48 rs. vn.

ADVERTENCIA.

Se admiten suscripciones en los mismos puntos á la Historia del Consulado y del Imperio de Napoleon, por Mr. Thiers.

Poco voluminosos han salido los dos tomos que hasta ahora vieron la luz pública, de esta obra lo cual no pudo evitar el editor á pesar de sus deseos por razones imposibles de combinar; pero promete que los tomos sucesivos tendrán mucha mas lectura, sin que se altere su precio para los señores suscritores.

TEATROS.

DEL PRINCIPE.

A las ocho de la noche: 1.º Sinfonia. 2.º Se pondrá en escena la comedia nueva, original, en cuatro actos, y en verso, titulada: SEGUNDA PARTE DE LA RUEDA DE LA FORTUNA. 3.º Intermedio de baile nacional. 4.º El muy divertido sainete, titulado, PACA LA SALADA O MERIENDA DE HORTERILLAS.

DEL CIRCO.

A las ocho de la noche, á beneficio de los profesores de la orquesta, se ejecutará una variada funcion. en la que tomarán parte los principales actores de las compañías de ópera, baile y verso, y cuyo pormenor se anunciará por carteles.

DE VARIEDADES.

A las siete de la noche: la comedia en tres actos, titulada: EL HEROE POR FUERZA. Intermedio de baile, y sainete.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRESA DE BOIX, calle de Carretas, número 8.